

Cultura y exilio



Fotografía de los componentes de «España Peregrina» y de la Editorial Séneca, tomada en México durante 1940. De izquierda a derecha: Eugenio Imaz, J. M. Dorronsoro, José Gallegos Rocafull, Eduardo Ugarte, José Bergamín, E. Rloja, O Barreda y R. Fernández Balbuena.

(La revista «España Peregrina»)

Francisco Caudet

«Un poco de luz y no de sangre»
El coloquio de los perros

Cervantes

DURANTE el primer año del exilio, los republicanos emigrados a México fundaron tres revistas que reflejan distintas maneras de enfrentarse con la cultura y el exilio. Estas revistas son: «Romance», «Ciencia» y «España Peregrina».

«**Romance**» (1940-41) quiso ser una revista «popular» e «hispanoamericana». Unos cuantos jóvenes escritores y artistas españoles, sus fundadores y redactores, con la colaboración de un nutrido grupo de intelectuales hispanoamericanos, tenían el propósito de hacer una obra de extensión cultural, divulgando y popularizando la cultura «hispana». Era intención de «Romance», también, crear un ambiente de convivencia entre los representantes de la cultura de las diversas repúblicas de habla española (1).

«**Ciencia**» (1940-67), que fue fundada y dirigida, en un principio, por el famoso entomólogo español Ignacio Bolívar, estuvo dedicada a la publicación de trabajos científicos. Inició, pues, desde el comienzo del exilio, un diálogo entre los hombres de ciencia españoles e hispanoamericanos.

«**España Peregrina**» (1940) se asignó unas fun-

(1) Véase nuestra monografía: **Romance (1940): Una revista del exilio**. José Porrúa, Madrid, 1976.

ciones menos amplias, pero que urgía igualmente atender: posibilitar que la cultura española se mantuviera en activo y, no menos importante, que sus representantes estuvieran unidos. Sus metas eran, de un lado, velar por los «peregrinos»; de otro, salvar la cultura española cuya integridad, debido a la diáspora, corría grave peligro.

Estas tres revistas, cada una a su modo, son índices de la fuerza cultural de la España que fue al exilio. Aparecidas en el mismo año (1940), a los pocos meses de iniciada la emigración, son asimismo tres claves para la aproximación a la obra cultural que los transterrados desarrollarían, con los años, en América. Pueden servir, al igual, de ideal introducción a la problemática social, política y económica —«humana», si se quiere—, a que los exiliados se vieron expuestos. Pero de las tres, «España Peregrina», por haberse planteado explícitamente estos extremos, es la que mejor los ilustra. Así, en esta ocasión, es intención nuestra limitarnos a un acercamiento a esta revista última, precisa-



La emigración a Francia de republicanos españoles empezó en enero y febrero de 1939. Por esas fechas, caía Barcelona; poco después, en marzo, Madrid. Cerca de medio millón de personas pasarían a territorio francés, siendo «albergados» en campos de concentración.

mente por su valor explicativo y por su cualidad de poder servir, a la vez, de inmejorable iniciación al tema de la emigración, tan descuidado hasta hace poco entre nosotros (2).

«ESPAÑA PEREGRINA», ORGANO DE LA JUNTA DE CULTURA ESPAÑOLA

La emigración a Francia de republicanos empezó en enero y febrero de 1939. Por esas fechas, caía Barcelona; poco después, en marzo, Madrid. Cerca de medio millón de españoles cruzó los Pirineos, siendo «albergados», en Francia, en unos cuantos campos de concentración. Un gran número de intelectuales siguió esos mismos pasos. La situación no podía ser, para todos ellos, más precaria.

El Gobierno Negrín inició en seguida una serie de gestiones con varios países hispanoamericanos, con el objeto de dar una salida a aquella coyuntura, en extremo dramática. Así, se formó en París, en marzo del 39, el «Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles», más co-

nocido por sus siglas: el SERE. Para cuidar específicamente de la suerte de los intelectuales, el 13 de ese mes, se creó la «Junta de Cultura Española», que dependía del SERE. Fueron sus promotores José Bergamín y otros intelectuales. Cuando la «Junta», a mediados de 1939, se trasladó a México, se pensó en hacer una revista que fuera su órgano y portavoz. Este fue el papel que le correspondió a «España Peregrina».

En los números 1 y 2 de «España Peregrina» se dan varias noticias de interés acerca de la **Junta** y los objetivos de la revista:

«La Junta de Cultura Española se constituyó en París el 13 de marzo de 1939, casi en la víspera de la caída de Madrid, cuando ya los campos de concentración del mediodía de Francia estaban llenos de refugiados españoles. Surgió ... con el decidido propósito de salvar del desastre la propia fisonomía espiritual de nuestra cultura y de mantener entre los intelectuales emigrados la unión, el sentido de responsabilidad y la continuidad de su obra, que el destierro ponía en grave riesgo de alterar o suspender. Dentro de una visión de conjunto ..., fue, desde un principio, preocupación fundamental de la Junta atender a la propia existencia individual de los

(2) Hay que anotar la publicación de: **El exilio de 1939**. Taurus, Madrid, 1976-1977.



Un gran número de intelectuales españoles se exiliaron al irse produciendo el avance franquista, y ya en marzo de 1939 se creaba en París la Junta de Cultura Española. Entre los emigrados más ilustres figuró don Antonio Machado, a quien aquí vemos camino del exilio en compañía de su hermano José, el doctor Sacristán, Enrique Rioja y el profesor Roura.

intelectuales, creadores y mantenedores de nuestra cultura, ayudándoles a que encontraran los medios de sobrevivir decorosa y fructuosamente a la tragedia española. Esto exigía libertar de los campos de concentración a todos los que se pudiera, proporcionar ayuda económica a los que no estaban en ellos y buscar, para todos, países amigos en los que pudieran establecerse y reanudar sus trabajos.

(...) Superada esta primera etapa, puramente preliminar, en la que ante todo hubo que preocuparse de la suerte de todos y cada uno de los elementos personales de nuestra cultura, la Junta creyó llegado el momento de ocuparse de lleno de la cultura misma, que es su propia y específica misión. Abrió este segundo período con su acuerdo de trasladar su sede central a México y empezar a realizar allí y en todo el continente americano la obra de que es prueba y, a la vez, reseña esta Revista.»

En el número 2, de «España Peregrina», correspondiente al mes de marzo de 1940, se recuerda de nuevo la creación de la «Junta» y sus aspiraciones. Estas declaraciones, que tienen asimismo gran interés, merecen ser reproducidas, al menos en parte y aunque pequemos de dar largas citas:

«En este mes de marzo..., se cumple el primer aniversario de la creación en París de la Junta de Cultura Española. Cataluña acaba de sucumbir... Los campos de concentración, etapa preliminar del éxodo..., hallábanse en su máximo apogeo. París se poblaba de fugitivos españoles... Las circunstancias no admiten dilaciones...: era necesario preparar la sucesión de los organismos españoles de orden cultural que el destierro invalidaba creando un instrumento adecuado a las circunstancias inéditas en que la emigración española iba a tener que desenvolverse. El problema de nuestra cultura presentaba para su resolución dos aspectos distintos. Por una parte era indispensable facilitar en un clima favorable la continuidad y desarrollo de dicha cultura, tanto más cuanto que la península, sometida a la tiranía de la letra que mata, quedaba inepta para todo florecimiento en el orden del espíritu. En segundo lugar, enmudecidos los cañones, la lucha por los hondos principios humanos sostenidos por la República, asumía nuevos caracteres, recayendo sobre los intelectuales el peso de la próxima jornada. Por fortuna, el carácter de nuestra emigración era totalmente distinto al de las ya conocidas. Para los rusos y alemanes tanto como para los italianos y austríacos, el extranjero empieza por completo allí donde con las fronteras de su patria acaba la vigencia económica de su lenguaje. No así para los españoles. Allí donde acaba España empieza



México dispuso una acogida excepcional a los republicanos españoles. El que el grueso de los exiliados se trasladara allí, fue debido al altruismo de Lázaro Cárdenas —en la imagen—, que había apoyado a la República desde el comienzo de la guerra civil.

Hispanoamérica, todo un continente hermano donde la lengua española, cuerpo efectivo de nuestra cultura, reina libremente de extremo a extremo.»

La «Junta» jugó un papel de importancia en activar la emigración de buen número de intelectuales. En el «Sinaia», barco en que salió de Francia el primer grupo de exiliados, viajaron unos 200 intelectuales, entre ellos, los componentes de la «Junta». Luego, desde México, que es a donde iba destinada la expedición, se intentó dar continuidad, por distintos procedimientos, a las operaciones migratorias. Al mismo tiempo, se empezó a buscar medios y maneras de que, los ya emigrados, pudieran reanudar sus quehaceres profesionales.

El que el grueso de los emigrantes se trasladara a México fue debido, como es sabido, al altruismo del Gobierno del Presidente Cárdenas, que había apoyado a la República desde el comienzo de la guerra civil. Ya en 1938, se había creado en México La Casa de España, a donde se dio acogida a poco más de cuarenta intelectuales, ofreciéndoles la oportunidad de que pudieran desarrollar sus actividades propias con entera li-

bertad. La idea partió de Daniel Cossío Villegas, Alfonso Reyes y, entre otros mexicanos ilustres, Eduardo Villaseñor. Estos le presentaron el proyecto al general Cárdenas, quien lo recibió con entusiasmo, dando su aquiescencia y los fondos necesarios. La Casa de España, fundada así en julio de 1938, más tarde, se transformaría en el hoy prestigioso Colegio de México. Un año antes, durante el verano de 1937, México dio muestras de su decidido empeño de ayudar en lo posible a remediar ciertos estragos de la guerra, evacuando a unos 500 niños, a quienes se les ha dado en llamar «Los niños de Morelia». Y claro, al llegar la hora del gran éxodo a Francia, a comienzos del 39, México salió fiador de los refugiados, comprometiéndose a dar asilo en su suelo a cuantos quisieran trasladarse a él.

Para encauzar la emigración, el Cuerpo Diplomático mexicano acreditado en París, se aprestó a habilitar el castillo de la Reynarde y el de Montgrand, cerca de Marsella, desde donde se realizaron todos los trámites necesarios previos a los embarcos de las varias expediciones. El diplomático Mauricio Fresco ha dejado, en su libro **La emigración republicana española**, testimonios acerca de aquellas actividades. Sobre la vida en los campos de concentración y acerca del éxodo en general hay unos cuantos libros de interés, todos ellos escritos por los mismos refugiados. La coyuntura europea de aquellas fechas y problemas internos, entre el SERE (negrinista) y la JARE (de Indalecio Prieto), impidieron que un número mayor de españoles abandonaran los campos de concentración, embarcándose a América.

Como sea, México hizo lo posible por salvar la vida de miles de refugiados. Su decidida política en favor de éstos, que contaba con antecedentes, algunos mencionados antes, hizo que fuera la nación en la que buscaron asilo más emigrantes. Su capital se convirtió, de esta suerte, en la capital del éxodo. Que allí se trasladara la Junta de Cultura Española, a más de natural, era en extremo oportuno y conveniente.

OTROS PATROCINIOS DEL SERE Y DE LA JUNTA

La Junta de Cultura Española, que dependía económicamente del SERE, a más de contribuir eficazmente a la emigración de varios centenares de intelectuales y financiar la revista «España Peregrina», fundó una Casa de la Cultura, en donde se celebraron varios actos culturales, y una biblioteca. El SERE financió, igualmente, la casa editorial Séneca.

Esta editorial, que fue una de las pocas que no

dependían de capital mexicano, la dirigían unos cuantos miembros de la Junta: José Bergamín, Eugenio Imaz y José Manuel Gallegos Rocafull. Los dos primeros habían sido, respectivamente, director y secretario de la revista «Cruz y Raya». El último, profesor de Sociología de la Universidad de Madrid. La editorial lanzó varias colecciones: «Laberinto», «Lucero», «Estela» y «Arbol». Pretendíase reeditar las obras completas de autores como Antonio Machado, García Lorca, Unamuno, Vallejo, etc., que en España, tras 1939, estaban prohibidos o ignorados. Se pensaba, igualmente, sacar libros de **actualidad** literaria, tanto de autores españoles como hispanoamericanos: Bergamín, Octavio Paz, Larrea, Revueltas, Alberti, Henostroza, etc. Correría ello a cargo de las colecciones «Laberinto» y «Lucero»; «Estela» y «Arbol» iban a recoger trabajos científicos e históricos.

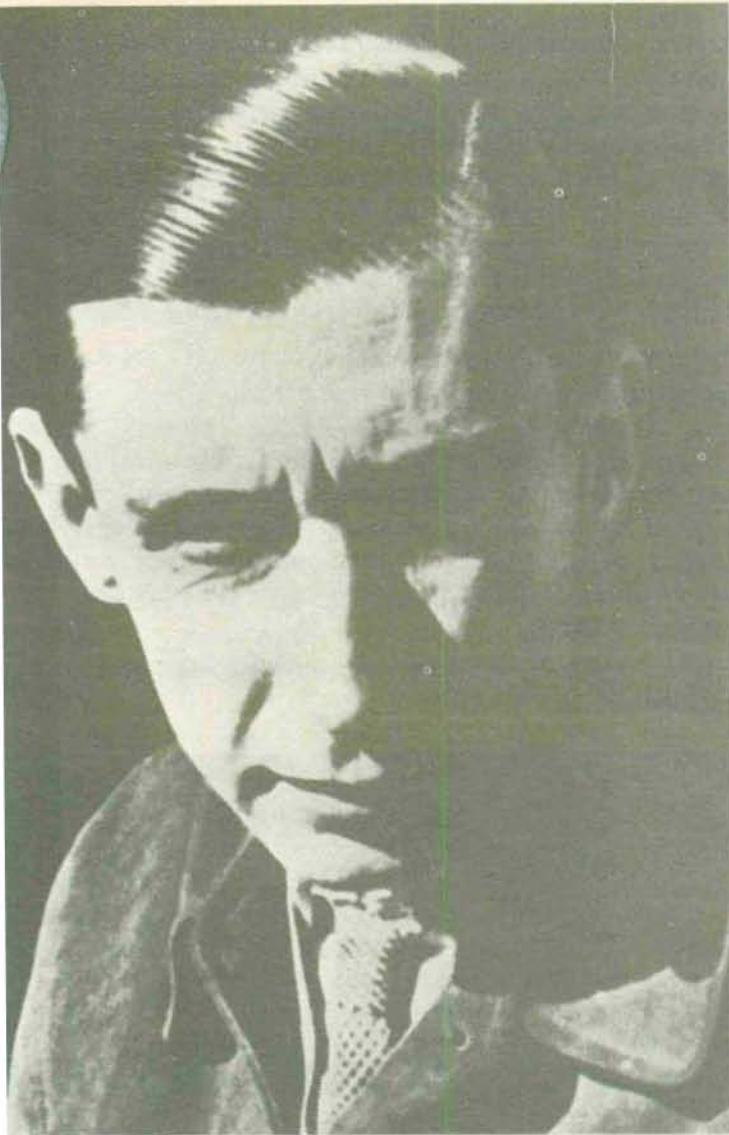
En febrero de 1940, la «Junta» inauguró la Casa de la Cultura Española, que quería desempeñar el papel de la «Casa de la Cultura» creada en Valencia, a fines de 1936, para albergar a los intelectuales evacuados de Madrid. Esta Casa, abierta ahora en México, aspiraba a servir de centro de reunión a los intelectuales exiliados.

La Casa de la Cultura contaba con una biblioteca en ciernes, que tenía varias colecciones de clásicos españoles, y libros y revistas de actualidad. En un «llamamiento» lanzado en el número 1 de «España Peregrina», a la vez que se anunciaba la inminente llegada de 500 volúmenes expedidos de Nueva York por la **Spanish Relief Campaign**, se pedía la colaboración de todos los españoles establecidos en América para formar una valiosa biblioteca.

Las dificultades de tipo económico, sin embargo, hicieron presencia y muchos de estos nobles y esperanzados proyectos tuvieron una vida corta. Tal iba a ocurrir con la misma «España Peregrina», revista que apenas llegó a alcanzar un año de vida.

«ESPAÑA PEREGRINA»: UNAS GENERALIDADES

Salía, aunque sin fecha fija y al final con retraso, mensualmente. Su formato era 23 x 16. La editaban, prácticamente, los mismos componentes de la Junta de Cultura Española. Formaban la directiva José Bergamín, que había sido, ya hemos mencionado, Presidente de la Alianza de Escritores y Artistas Antifascistas, y, asimismo, José Carner y Juan Larrea. El cargo de Secretario lo ocupaba Eugenio Imaz. Había también diecisiete Vocales, entre ellos: Corpus Barga, José M. Gallegos, Rodolfo Halffter, Agustín Millares,



José Bergamín, hombre decisivo tanto en la fundación de la Editorial Séneca como de la revista «España Peregrina». Su impronta, junto a la de Juan Larrea, puede detectarse en todos los números de esta publicación e incluso el nombre de la misma se debe a él.

Tomás Navarro Tomás, Pablo Picasso, Luis A. Santullano, Joaquín Xirau, etc. El primer número salió en febrero de 1940; el último, número doble, correspondía al mes de octubre del mismo año.

El número 10 de «España Peregrina» no llegó a publicarse. Lo tenía preparado Juan Larrea para la imprenta, quien aún lo conserva manuscrito. Este número tenía que servir de puente para la transformación de «España Peregrina» en la luego famosa «Cuadernos Americanos». Juan Larrea, es sabido, fue el mentor de esta última revista tan prestigiosa.

La composición de esta revista recuerda mucho a «Cruz y Raya». Se prestaba especial atención a los ensayos de tipo literario, filosófico, sociológico, etc. Se reproducían poemas. Había, regularmente, unas secciones de crítica y polémica, que son una crónica de la vida cultural y de los problemas y preocupaciones políticos del

exilio. Tiene especial interés otra sección, «Memorias de ultratumba», en la que se recogían textos de periódicos y revistas publicados en España, a veces, con comentarios y apostillas. Solían incluirse, aquí y allá, manifiestos y llamamientos en pro de la cultura, de la unidad de los intelectuales y de los refugiados españoles que todavía seguían en los campos de concentración franceses. Don Agustín Millares cerraba los números, a partir del 2, con unas listas bibliográficas que, junto a las de «Romance», merecen ser consultadas, ya que tienen un valor documental de gran valía.

En cuanto al título, que ha definido a toda una España, se debe a Bergamín, quien sacó la idea del título de la obra de Lope de Vega, **El peregrino en su patria**. Bergamín, ya en 1937, publicó en **Hora de España** el ensayo «Larra, peregrino en su patria», en donde hace mención a Lope; recientemente, ha dado un apelativo semejante a un libro de ensayos: **De una España peregrina**. La deuda lopesca no quita, sin embargo, originalidad y acierto al nombre de nuestra revista; el crédito, en fin, hay que dárselo a Bergamín.

La tirada no debía sobrepasar los dos mil ejemplares.

★ ★ ★

Se escribió con asiduidad, como cabía esperar de una revista tal, sobre el destierro, sobre la coyuntura europea del momento y sobre lo que América había empezado a significar para el futuro de la civilización occidental que, a causa de la guerra civil española y la mundial en curso, peligraba de muerte.

EL DESTIERRO

La emigración española contó con la ventaja de que América podía expresarse en su propia lengua. Pero precisamente por ello había de lograrse que se estrecharan los lazos entre los intelectuales exiliados, de modo que éstos no perdieran la identidad nacional y que la cultura —de la que eran eximios representantes, por su número y valía, en América— fuera reconocible como un **corpus** capaz de influir en el Nuevo Mundo, aportando a él contribuciones sustanciales y genuinas. La «Junta de Cultura Española» debió de tener en cuenta asimismo lo útil que sería mantener a los intelectuales unidos, si, de cambiar la situación histórica, se pudiera regresar al poco tiempo a España y reanudar allí la labor interrumpida.

La cultura española, desde el último tercio del siglo XIX, había empezado a florecer de nuevo, augurando y, de hecho, inaugurando un nuevo renacimiento. La curva ascendente llega, en los años 20 y 30, a un punto muy alto, habiendo impedido la guerra que tal proceso tuviera continuidad. Pero, en fin, por entonces, a la vez, el intelectual empezó a despertar civilmente, y, de ahí, el que la cultura se comenzara también a entender en función de la sociedad. Los artistas y escritores, al igual que los hombres de ciencias, **salieron** de sus torres de marfil y de sus laboratorios, lo que dio al arte, a las letras y a la misma ciencia una nueva dimensión. Tal toma de conciencia tuvo el efecto de unirles y acercarlos, de crear entre ellos un espíritu de fraternidad y camaradería. Así por esos años se formaron las asociaciones —queda esto dicho en páginas anteriores— de intelectuales, a nivel nacional e internacional, las Casas de la Cultura, Congresos, etc. La cultura pasó a ser, en resumen, un concepto sublimado, motivo de grandes y cuasi quijotescas esperanzas.

Al poco de iniciarse la contienda civil, la pronta decisión de evacuar de Madrid a los intelectuales, fue indicativo de la actitud descrita, tanto por parte de los «clerics» como de los «laicos». Los primeros decidieron seguir al Gobierno; los segundos, se aprestaron a salvar la cultura, pensando en el futuro. Publicaciones del tiempo de la guerra, como «El Mono Azul», «Hora de España», «Madrid», «Nueva Cultura», etc., muestran cómo los intelectuales estuvieron **a la altura de las circunstancias** y que dieron de sí lo que de ellos se esperaba. Y lo que tiene acaso igual o más interés, el intelectual supo abandonar diferencias de partido o credo «estético». De ahí su fuerza y que, culturalmente, se ganaran el respeto y admiración.

Llegada la hora del destierro, urgía conservar el espíritu de camaradería descrito y mantener vivo el empeño de entrega a la causa de la cultura. De esta suerte, sus voces —sus obras— servirían para testimoniar lo que representaba culturalmente la España —ahora «peregrina»—, tanto para la **otra** España como para la América que le abría sus puertas. «España Peregrina» fue creada, pues, **ad hoc**.

El espectro de la discordia, sin embargo, hizo presencia pronto en el exilio. Se llegó a elevar intereses individuales o de partido sobre los colectivos, en algunos casos, lo que creó una

lamentable atmósfera de desavenencias y celos, de divisiones irreductibles. Humana y «estructuralmente», la situación era explicable, aunque no por ello menos censurable. Los intelectuales pasaron, por desgracia, por el mismo trance, lo que había de afectar, desde luego, los intereses de la cultura. «España Peregrina», consciente de la coyuntura, de la que ella misma «se contagió», combatió en numerosas ocasiones la división y la enemiga.

Se trató también del destierro, de tal **estado**, expresando de manera directa el dolor, pero, a la vez, afirmando, desnudos en su soledad, la voluntad de superar ese sentimiento. De ahí que, esforzadamente, se fueron abriendo camino, fueron creándose un nuevo horizonte. (En este punto cabe establecer otro paralelismo con «Romance», en donde se toma ante el exilio una actitud pareja).

Eugenio Imaz, en «Pensamiento desterrado», escribía:



Uno de los artículos más destacados que se publicaron en «España Peregrina», fue «A los alcances de la novela», de Juan Rejano, donde defiende el poder de la sensibilidad para descifrar lo real. Junto a estas líneas, Rejano —a la derecha del lector— con el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros.

«Perdida la guerra hemos perdido la fluidez encendida de la pasión en vilo y tenemos que pronunciarnos en sacudidas contra la acción adormecedora de este mundo normal que nos envuelve y tenemos que gritar, para oírnos, en este silencio atroz que nos invade como una marea. Pero hay que hablar, con la esperanza firme que esta tartamudez reseca romperá algún día en manantial claro y alegre.»

José M. Gallegos adopta una posición similar. En «La razón de la sinrazón», al tiempo que confiesa su dolor de exiliado, afirma esa voluntad de crecer **desde** el dolor: «Como tantos otros españoles, llevo abiertas y sangrando las heridas que me hicieron al desgarrarme de mi patria, de mi ambiente, de mi vida. Más que cicatricen, me importa que no se enconen, que salga por ellas sangre limpia y no pus».

Francisco Giner de los Ríos, al reseñar «la voz herida» de León Felipe, es decir, su libro **El español del éxodo y del llanto**, dirá que «ante esta

su (sic) desesperación..., no caben más que dos posiciones: o se entrega uno al llanto, encerrándose en él, o por el mismo llanto se marcha uno de nuevo hacia la fe y la esperanza». Y sigue diciendo el joven poeta Giner de los Ríos:

«Este inmenso llanto, que limpia y corre toda nuestra angustia, nos salvará, nos colocará otra vez frente a España. Porque frente a las palabras del poeta, no creemos en su muerte. No lloramos lo inevitable. Las sienas de España no están ya quietas para siempre. En sus heridas nos muestra lo firme de su sangre, el decidido seno de su muerte y nacimiento que le ronda las venas más hondas. Este llanto español nos limpia como hombres, pero, sobre todo, nos limpia como españoles, y al limpiarnos como españoles nos levanta de nuevo... León Felipe nos llena de llamadas a la espera, guardar:

**Planta un árbol,
riégalo con tus lágrimas
y aguarda.**

(...) España, no ha muerto, porque lo que la ha hecho vivir siempre no puede morir. Sigue en pie, delante de nosotros, esperando también. Esperando nuestra palabra y nuestro brazo.»

El mismo Giner de los Ríos, en su poema «España viva», publicado en «España Peregrina», unos meses más tarde, expresará la esperanza en medio del dolor. Este les daba una razón de ser, les mostraba un camino, les descubría que estaban vivos, que tenían sentidos. Y es que el amor a España era la fuerza motriz:

**«Miradla. ¡No está muerta! Miradla en nues-
[tra sangre,
en el ritmo más hondo de las venas seguras.**

.....
**Estamos, sí, en el llanto,
con la voz recogida sobre nuestra congoja
y el recuerdo constante de aquel ancho martirio.**

.....
**España no ha muerto. La vivimos nosotros.
En nosotros alienta con su más noble grito
y su fe se mantiene ahondándose en los pechos,
buscando sus raíces en el ímpetu hondo
que lo guardamos siempre desde nuestra de-
[rrota.**

**Miradla, no está muerta. Su dolor no se ha
[muerto,
y nos muestra el camino que busca la concien-
[cia.**

**Nada luce en nosotros si no es su viva luz
que es la constante espuela de nuestro pecho
[abierto.»**

EUROPA Y AMERICA

Europa y América eran vistas desde la perspec-





«España Peregrina» posee el inestimable valor de ser un testimonio de primera mano a la hora de acercarse al estudio de la emigración producida por la guerra civil. (En la foto, banquete de hermandad con motivo de uno de los aniversarios del 14 de Abril vividos en México).

tiva de españoles y de exiliados. Europa, circunscrita a la parte occidental y de la que se excluía —lo que no deja de ser interesante— a Alemania, fue declarada «en decadencia». La causa: haber abandonado unos supuestos principios cristianos en los que tal civilización se asentaba. En este punto se sigue el pensamiento directriz de «Cruz y Raya» y de «Esprit», preconizadoras de un «humanismo integral» y de una «revolución espiritual». Con claras resonancias de ambas revistas y de sus inspiradores, José Bergamín y Emmanuel Mounier, se llegará a concluir, en varios artículos de «España Peregrina», que los países europeos estaban marchando hacia su ocaso por haber traicionado, en esencia, las —repetimos— bases cristianas que les habían dado origen y fundamento. El declive empezó a ponerse al descubierto cuando, durante la guerra civil, decidió Europa hacer una política no-intervencionista, claudicando fatalmente para todos —¡el colmo de la cobardía!— al firmar, en septiembre de 1938, el Pacto de Munich. La «injusticia», la «falsedad» y la «carencia de moralidad» de tal comportamiento —se dirá una y otra vez— era seña inequívoca de la «verdadera naturaleza» de aquellas llamadas «democracias». Pero España, la republicana,

durante el trienio de lucha —argumentará «España Peregrina»— les había dado una lección de entereza e integridad, que la convertía en una nación excepcional y, por consiguiente, conservadora de unos traicionados principios «europeos» que debía transmitir a América, continente del futuro, o del «espíritu» —como veremos más adelante.

David Lord, en «España y la crisis del hombre», se ocupó de estos extremos, haciéndose a la vez unas preguntas acerca del futuro de la civilización occidental:

«La derrota de España fue la derrota moral de Europa, del Mundo Occidental, del Mundo cristiano (...). La crisis española fue crucial y final. En mayor medida que cualquier otra conocida hasta ahora, marca los límites entre dos mundos —el mundo muerto del viejo hombre cristiano, occidental, y el mundo nuevo del futuro.

¿Cuál será este mundo del futuro? ¿Consistirá en un retorno al mundo de los Césares, un mundo en el que el hombre ha perdido toda traza de su individualidad y de su libertad y se convierte de nuevo en siervo mucho más degradado que el esclavo del pasado? ¿O veremos un mundo democrático, un mundo cristiano, un mundo fun-

dado sobre las ruinas del fascismo y sus corrompidos heraldos democráticos?»

Planteado el «problema europeo» en estos términos, empezó a pensarse que el futuro de la civilización occidental —motivo de las frases interrogativas de David Lord— estaba en el Nuevo Mundo. Todo parecía indicar que América debía desempeñar un papel providencial y que la civilización y cultura europea podría salvarse e, incluso, llegar a realizarse **de manera integral**, esto es, **verdaderamente**. Juan Larrea, en «Presencia del futuro», ensayo publicado a continuación del de David Lord, hace estas afirmaciones:

«Tan evidente, tan inequívoca —por razón de magnitud— es la naturaleza mutativa de los acontecimientos que desde hace cuatro años padece Europa y hoy asumen fragor de cataclismo que fuera ilógico no admitir que nos hallamos viviendo horas decisivas en la vertebración de los tiempos, que sobre las espaldas vivas de la humanidad paciente se está grabando la frontera de trazado fulmíneo que separa entre sí dos épocas o períodos históricos.

(...) El porvenir de la vida en el planeta Tierra impone a América un presente lleno de urgencias dramáticas, de esperanzas sin límites, de vehemencias incontenibles... Porque América está llamada a ser lo que no pudo ser Europa: el continente de la libertad, de la paz, de la conciencia, es decir, el lugar donde logre ser superado, por fin, ese mundo aborrecible para todo aquel que aspira al desarrollo que la especie promete desde tiempo inmemorial a la sensibilidad y a la inteligencia del ser humano.»

Pero a estas conclusiones se llega, como confesará también Larrea, de manera «poética», «imaginativamente». Y añadimos nosotros, **a posteriori**, tras haberse trasladado a América los exiliados. Debilita ello, así lo creemos, los argumentos de Larrea, quien ya antes, desde el primer número de «España Peregrina», usando el mismo método discursivo, había hecho una apología del papel providencial de América. Nos referimos a los varios artículos que luego recogió en su libro **Redención de espíritu**, que a pesar de nuestras reservas, tienen una originalidad extraordinaria.

Cabe añadir, finalmente, que en la tesis de Larrea, se encierra la explicación de cómo se entendía, en «España Peregrina» el concepto hispanidad. En el número 8-9, doble, dedicado conmemorar el «Doce de Octubre. Fiesta del Nuevo Mundo», se expone, en un editorial, que eran ellos, junto con el resto de exiliados, «un jirón de España», con firme voluntad de contribuir a que América alcance esa anhelada posibilidad espiritual: **ser, realmente, un mundo**

nuevo, un mundo más perfecto, en donde pueda plasmar el viejo ideal católico (el preconizado por «Cruz y Raya» y «Esprit», ya aludido). Huelga decir que, a más de hacer la apología de América, se hace la de España, «demostrando» el enorme «servicio» hecho a la humanidad entera, en tiempos pasados, y el que podía hacer aún cara al futuro.

Asimismo, en este número doble, quiso presentarse a los exiliados como pertenecientes a una casta de españoles distinta a la de los viejos (o nuevos) **conquistadores**. Se intentó romper, públicamente, con la imagen absorbente, para los americanos, de una España egoísta, dominadora e imperialista, cuya **realidad** no se negaba. Pero de esa España renegaban, dando fe de su solidaridad con los intereses espirituales de América, sobre los que, por su calidad de intelectuales, podían actuar. ¿Podían por ello ser acusados de **imperialismo espiritual**? ¿Era este hispanismo un modo de «romper» con la Europa



En su extraordinaria «Elegía española», Luis Cernuda (en la foto) ilustra la intensidad con que en el destierro se sentía la ausencia del país perdido. Es éste uno de los más hermosos poemas de cuantos se publicaron en las páginas de «España Peregrina».

no-intervencionista y la nueva España oficial? ¿Pensaban en América o en autojustificarse?

Estas son preguntas que el lector se habrá ido haciendo, sin duda. Para dar con la respuesta, habríamos de pensar menos en las tendencias **materialistas** (no materiales) de esta hora, e intentar reconstruir el fervor con que se llegó a creer, en la década de los 30, en el poder resolutivo del **espíritu**; al menos, hubo círculos intelectuales que así pensaban y sentían. También debería tomarse en consideración la realidad —siempre en extremo conflictiva— del exilio. Entregarse a un nuevo horizonte con el que era factible identificarse, por otra parte, era una ocasión única para redimirse y enaltecerse a sí mismos, o, para autojustificarse, si se quiere; pero no por ello hay que descartar que la entrega fuera sincera.

SOBRE LITERATURA Y ARTE

No abundan en «España Peregrina» los escritos sobre estos dos temas, aunque se prestó regular atención a la crítica de libros y se solían reseñar exposiciones de arte. Por otro lado, al ocuparse, sobre todo, de las letras, se hizo de forma **polémica**, más que **crítica**. Así, por ejemplo, en los varios artículos y notas acerca de Antonio Machado, Federico García Lorca y César Vallejo —tres símbolos de los intelectuales **peregrinos**—, hay más énfasis en subrayar sus valores éticos que los literarios.

Destacan, por su interés y por salirse de la norma referida, dos artículos, que comentaremos brevemente. Se trata del ensayo de Juan Rejano, «A los alcances de la novela», y de «Reflexiones



Adolfo Sánchez Vázquez —cuyo retrato corresponde a un reciente, y breve, regreso a España— basó su elegía «18 de Julio de 1936» en motivos como los efectos destructores de la guerra, la fuerza y la violencia. El dramatismo del poema radica en estar construido sobre «premoniciones» realizadas.

sobre la crisis ideológica del arte», de José Renau.

Juan Rejano hace unas consideraciones sobre la «crisis de la novela» y las posibles «nuevas direcciones» a seguir, partiendo de la lectura de **Niebla de Cuernos**, de José Herrera Petere. En esta novela encuentra Rejano ejemplificado un nuevo tipo de **realidad**, consistente en descifrar lo **real**, no usando la razón sino la sensibilidad. Este acercamiento capacita al novelista para ver **por entero** al hombre y a las cosas; al mismo tiempo desvela la verdad y el misterio de los seres. Más que inventar o recrear un mundo, el novelista debe —dirá Rejano— «escrutar (sus) propias reacciones». El novelista, siendo fiel a lo que ve y a sí mismo, si es verdadero artista, esto es: sensible y algo «visionario» —penetrará lo real, explicándolo e iluminándolo. De ahí que la «nueva novela» ha de estar, según Rejano, muy cerca de la poesía.

Rejano debió de llegar a estas «abstracciones» tras estar en contacto con Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela, redactores de «Romance» y pertenecientes los dos al «grupo de 'Hora de España'». En los años de la guerra se elaboraron, en «Hora de España», nociones estéticas de esta traza. Era un intento de armonizar los **viejos** anhelos de «pureza» con el **nuevo** espíritu revolucionario. No deja de tener su interés que Juan Rejano, comunista, compartiera estas quimeras, tan de escritores «liberales» o «pequeño-burgueses», de intentar «identificar el **misterio** de la realidad». Pero, a un lado esto, importa subrayar que «se presentía» el nacimiento de una nueva **forma** o **estética** que reflejaría fielmente aquella hora de crisis. Ello también se desprende del ensayo de José Renau, «Reflexiones sobre la crisis ideológica del arte».

Renau ataca la fácil salida de hacer un «arte de masas», lo cual supone confundir «un hecho de propaganda política al servicio de los intereses inmediatos que va creando la marcha del proceso revolucionario con la verdadera misión del arte, puesto al servicio de una elocuencia cósmica más profunda, más humanamente creadora». No entiende, coincidiendo en ello con Rejano, que exista un camino definitivo para el arte de aquella etapa de crisis. Al igual que Rejano también, se inclina a pensar que «lo emocional y exaltado del artista» ha de tomar parte en el proceso creador, porque «la revolución, su teoría, sus principios y sus realidades no pueden ofrecer —sería contradictorio y antidialéctico— una fórmula acabada y madura por la que puedan encauzar su producción». Renau, es obvio, se opone a cualquier dictado de partido, a que el artista deba seguir una línea marcada. Y, finalmente, tras afirmar lo que el arte no debe ser,

apunta sus posibles o deseables **nuevas** direcciones:

«En consecuencia, el artista no puede aspirar deliberadamente a lo definitivo. Su ambición debe encauzarse por la vía de un aprendizaje penoso, a una larga etapa de experimentación, de lucha tenaz, consigo mismo en primer lugar, por ir superando los valores expresivos que aprendió o heredó, para ir vitalizándolos con nuevos registros de expresión humana, organizando lentamente el caos antiartístico y viril de nuestra realidad, transformándolo en valores de expresión superior...»

*(...) El nuevo orden social y humano que amanezca de esta conmoción que cruza el mundo tendrá su expresión plástica en razón directa al heroísmo intelectual del artista, a su capacidad, en esta etapa de lucha, para ir asimilando su naturaleza psicológica a las nuevas fuerzas que van abriendo paso a la historia de los hombres, en la medida en que vaya afirmando su voluntad creadora por descubrir y expresar el esencial fondo humano y la intención cósmica que impulsa a estas fuerzas. Y, por último, (tengo) la seguridad de que cuando todo lo que hoy sucede pertenezca al pasado, el documento emocional y humano de nuestros días no lo constituirán esas calidades plásticas o valores poéticos acabados de nuestros inteligentes, sensibles o geniales artistas, sino todas aquellas obras cuyos colores y formas expresen la emoción con que el artista se debate en medio de la tremenda contradicción, su voluntad de ser, de hacer constar el valor humano de su gestión creadora por encima de toda derrota histórica de las tendencias particulares de las escuelas, de los **ismos** decadentes».*

POESIA

Se incluyó en cada número poesía. Los temas giraban, preferentemente, en torno a España y al exilio, siguiendo muy de cerca el tono del poema de Francisco Giner de los Ríos, «España viva», ya comentado. Hay poemas en que no se mencionan directamente estos motivos, pero, de todos modos, hacían alusión a ellos, pues tratan de la solidaridad y fidelidad a la verdad, o de sus opuestos, de la traición y la injusticia. También se publicaron poemas, digamos, «no comprometidos», que fueron los menos.

En algunos casos, al reproducir poemas de poetas desaparecidos, españoles o **extranjeros**: Machado, Unamuno, Lorca, Vallejo, José M. Heredia, Gérard de Nerval, Whitman, etcétera, se pretendía homenajearles y, al mismo tiempo, mostrar una alianza con ellos, con los ideales que representaban. Los poemas seleccionados solían tener un contenido «apropiado», esto es,



«El hombre siembra baba» y «Levantad el patíbulo» son dos poemas de León Felipe en que se condena a la violencia, que sólo conduce a la muerte, a la vez que se exalta el heroísmo. (Contemplamos la parte superior del monumento que México dedicó hace unos años al gran poeta español).

estaba en íntima relación con los «temas preferentes» arriba señalados.

Luis Cernuda, en su extraordinaria «Elegía española», ilustra la intensidad con que en el desierto se sentía la ausencia de España:

**«¡Si nunca más pudieran estos ojos
Enamorados reflejar tu imagen!
¡Si nunca más pudiera por tus bosques,
El alma en paz caída en tu regazo,
Soñar el mundo aquel que yo pensaba,
Cuando la triste juventud lo quiso!
Tú nada más, fuerte torre en ruinas.**

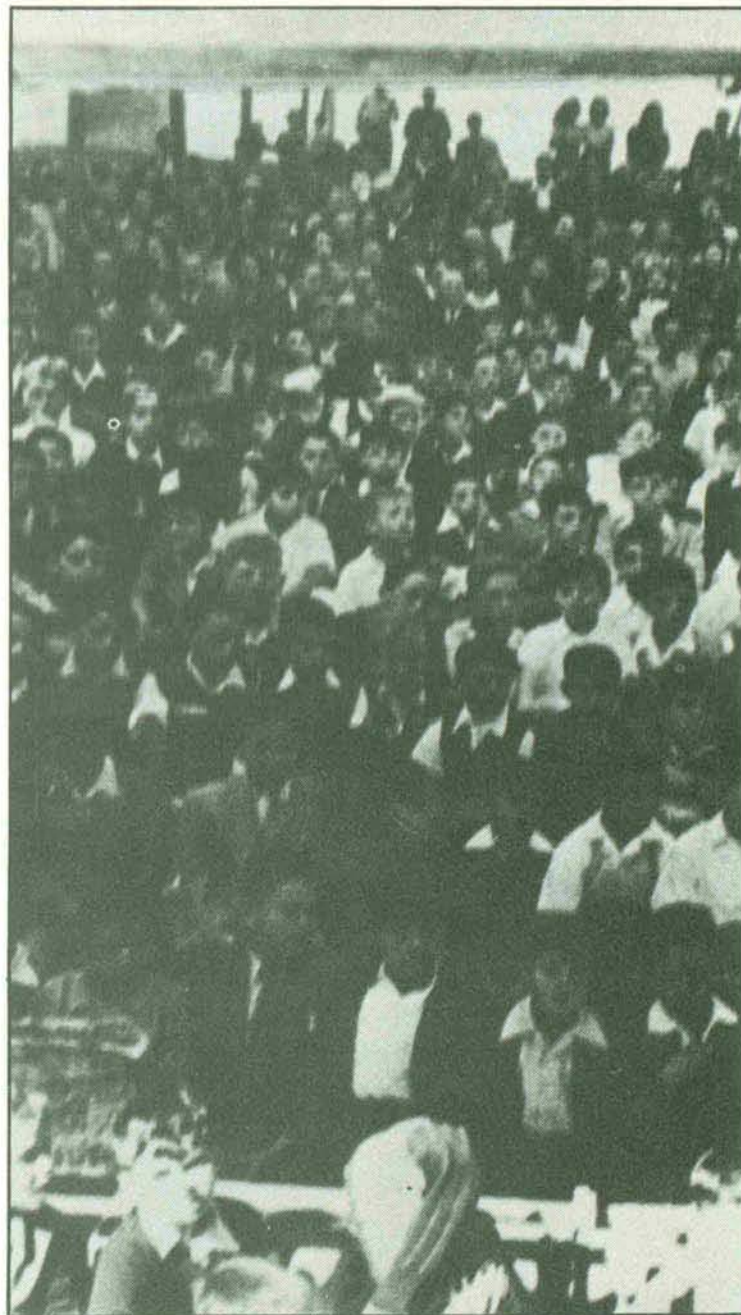
**Puedes poblar mi soledad humana,
Y esta ausencia de todo en ti se duerme.
Deja tu aire ir sobre mi frente,
Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
Única gloria cierta que aún deseo».**

En la elegía de Cernuda hay también alusiones a los efectos destructores de la guerra, a la fuerza y a la violencia, motivos sobre los que basa exclusivamente Adolfo Sánchez Vázquez su elegía «18 de julio de 1936». El dramatismo del poema radica en estar construido sobre «premoniciones» realizadas:

«

**Piélagos de rosas,
horizontes de trigo limpio,
aguas transparentes,
se mancharán de sangre, de barro y de ceniza.
Las casas indefensas,
los tiernos dormitorios se encaminan
hacia un tremendo valle polvoriento.
Las blandas manos de las madres,
las tiernas manos de los niños,**

Ya durante el verano de 1937, México había dado muestras de su decisivo empeño de ayudar en lo posible a remediar ciertos estragos de la guerra civil española, evacuando a unos 500 niños, conocidos como «Los niños de Morelia». La imagen recoge a otro grupo de crios españoles, estudiantes del colegio Madrid, de Ciudad de México, durante 1943.



desprendidas del cuerpo
se mojarán de un agua inesperada.
Millones de camisas enlutadas esperan ya sus
[cuerpos,

millones de metros de tierra viva
esperan ya las tumbas.
Y hay millones de brazos esperando
la tremenda embestida de la muerte,
visceras silenciosas, nervios ardiendo
que esperan el último latido
y hospitales, algodones y lamentos,
millones de cabellos encendidos,
de cubos de sangre, de gusanos
y de platos de carne desgarrada.

.....
¡Miradles, miradles!
¡Qué relámpagos de luz,
qué tinieblas lentamente desgarradas!

.....
Ya están los ojos atados,
las manos atadas,
los cuerpos atados
y a sus pies tendido, sin confines,
el negro precipicio».

El mismo motivo inspira los poemas de Paul Eluárd, «Noviembre 1936» y «La victoria de Guernica». De manera menos directa, León Felipe, en «El hombre siembra baba» y «Levantad el patíbulo», condena la violencia, que sólo conduce a la muerte, a la vez que exalta el heroísmo (que se sobrentiende, consiste en oponerse a la fuerza y a la muerte; o lo que es igual, es amar la paz y la vida).

El poema de García Lorca «Grito hacia Roma», hasta entonces inédito, ejemplifica el tratamiento del tema de la injusticia, con el que se puede identificar todo desterrado. También denuncia la injusticia Emilio Prados en «La voz cautiva», pero va éste más lejos, ya que además se rebela, quiere liberarse y liberar.

Los poemas de Lorca y Prados, de 1929 y 1933, respectivamente, presagiaban un cambio, que afectaría tanto la estética en boga como la función del poeta en la sociedad. De la poesía de la **soledad** se iba pasando a una poesía de la **solidaridad**; un paso más, y se daría comienzo a la poesía de la **acción**. «España Peregrina» publicó el poema de Pablo Neruda «Reunión bajo las nuevas banderas», que tiene la importancia de dar constancia de la «conversión» del gran poeta chileno a esta última posición. Huelga decir que

tal toma de conciencia definía a nuestra revista. Finalmente, merece recordarse el poema de Pedro Garfias «Entre México y España», testimonio de la entrega de muchos exiliados a un México definido:

«
España que perdimos, no nos pierdas,
guárdanos en tu frente derrumbada,
.....

Y tú, México, libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas,
proletarios gigantes, de anchas manos
que forjan el destino de la Patria,
pueblo libre de México:
Como en otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada...



Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!».

Este testimonio lleva en sí un replanteamiento del problema de las «dos Españas», la liberal y la reaccionaria, transplantado y aplicado a México, al que se divide, asimismo, en el México revolucionario y el México de la reacción. Naturalmente, los emigrantes republicanos muestran sus simpatías por el primer México, lo cual, a la vez, suponía autodefinirse a sí mismos y a la España cuyas esencias eran por ellos representadas y tenían un enorme paralelismo con las de ese México, el de Garfias, al que se querían entregar.

Volviendo al poema de Garfias, también está implícito en él que el exilio significó para muchos españoles, sobre todo los **ilustrados**, un descubrimiento del tema americano y ello, claro, evidenció su anterior ignorancia. Ignorancia

que, en 1940, no había sido aún, ni mucho menos, superada. Todo el optimismo que contiene la entrega propugnada poéticamente por Garfias (y en gran medida por el propio Gaos), como el ideal **revolucionario**, descrito también por los dos, no era más que un espejismo. Por otra parte, el anhelo de ser admitidos los españoles abiertamente en la sociedad mexicana fue frustrándose, tanto por el nacionalismo de los mexicanos como de los propios españoles. El refugiado, como el viejo «gachupín», tuvo que camuflarse en la sociedad. O dejar el país.

EL TEMA DE LOS REFUGIADOS, OTRA VEZ

La **Junta**, una vez trasladada a México, siguió haciendo lo posible por activar la emigración de refugiados, que permanecían todavía en Francia. A tal efecto, funcionaba en París una Delegación de aquélla, cuya misión era, de un lado, coordinar la emigración, y de otro, atender materialmente a los intelectuales que estaban en suelo francés. En «España Peregrina» se solía hacer llamamientos en favor de la emigración y en busca de ayuda de cuantos países hispanoamericanos estuvieran dispuestos a recibir emigrados. Los fondos de SERE estaban prácticamente agotados a mediados del año 40, debido, sobre todo, a la división entre este organismo y la JARE. México, a punto de celebrar nuevas elecciones, se veía obligado a dejar un poco de lado la cuestión española. Francia pasaba por unos momentos difíciles, como el resto de Europa, lo que afectaba dramáticamente a los refugiados. Por mucho que intensificara sus gestiones la **Junta de Cultura**, no cabía esperar muchos resultados.

Con escasez de fondos y en medio de unas circunstancias adversas, como se ha visto, la Junta tenía que limitarse a apelar al «corazón» y a la «buena voluntad» de países y hombres hispanos. Mientras, la Junta, los hombres que la dirigían, tenían, a más de las dificultades de carácter económico, otras de tipo personal. A un nivel superior, el grueso de la emigración estaba separada en dos grandes bandos: los negrinistas y los seguidores de don Inda, director de orquesta de la JARE, o sea, administrador del tesoro del «VITA». Lo cual agravaba todavía más este estado de cosas.

De cualquier suerte, al menos en principio, la Junta seguía, como podía, intentando crear un espíritu de fraternidad y de unidad entre los emigrados, a la vez que se hacía eco de las necesidades de sus compañeros refugiados todavía en Francia. En honor suyo hay que dejar sentado que su obra y política migratoria tuvo un éxito

en extremo notable. El censo de los intelectuales que emigraron gracias a la pronta actuación de la Junta, es una muestra de su éxito. Que hubiera podido ser más efectiva, es muy posible. Pero no cabe imputarle a la Junta toda la culpa.

APOSTILLA ULTIMA

«España Peregrina», conforme a las metas de la **Junta de Cultura Española**, de la que era portavoz, estaba dedicada a atender —se ha dicho ya en páginas anteriores— las necesidades materiales y espirituales de los emigrados. Entraba también en sus planes el mantener a los intelectuales unidos en el exilio, de forma que éstos pudieran, en caso de cambiar la situación política que motivó el destierro, regresar a España y reintegrarse a sus tareas propias, más fácil y eficazmente. Así se evitaría que la cultura española se desintegrara y a la postre, en mente esta hipotética vuelta, perdiera la menos continuidad posible.

Que era conveniente y necesario preocuparse por la suerte de los intelectuales recién exiliados, al igual que del presente y futuro de la cultura española, es obvio. La labor realizada por la **Junta** y «España Peregrina» merece, en estos respectos, toda clase de encomios. Pero una vez los intelectuales se habían trasladado a México o a otros países de América, su condición de emigrados debía, inevitablemente, de afectarles, en el sentido de que, por elemental que parezca decirlo, tenían que **abrirse** a otros horizontes y, si se quiere, **olvidarse** un poco, al menos, de sí mismos. Sobre todo, cuando pronto empezó a estar más y más claro que el exilio no iba a ser un estado provisional. Ejercer la profesión de españoles, hablar continuamente de sí mismos y del exilio, había de ser un estribillo enojoso, una postura insostenible. Al español «transterrado» —eufemismo poco acertado de José Gaos— no le quedaba, en resumidas cuentas, otra alternativa que sentir un **nuevo patriotismo**, el del país que les albergaba, entregándose a su destino, o encerrarse en la **soledad** y en el **llanto**. Porque, como Francisco Ayala acertó a decir en 1949:

«... El tema de "España", el "problema español", que había sido preocupación cardinal de la generación del 98, y luego de la generación de Ortega y Gasset, y de la siguiente, por entonces en plena juventud, llegaba con (la expatriación) a tocar fondo en los escritos de varios emigrados; y ahora, ya sólo cabía, o convertirlo en obsesión y consumirse con él, o superarlo de diversas maneras —que podían ser las pertinentes a la vocación particular de cada uno— y proseguir el desarrollo de las respectivas perso-

nalidades en el nuevo espacio y en el nuevo tiempo».

Ahora bien, ¿cómo lograr adaptarse a un nuevo suelo, a un nuevo tema, a un nuevo patriotismo? ¿Era tal cosa hacedera? Para ello, el escritor debería de incidir —de un modo u otro; más pronto o más tarde— en las estructuras sociopolíticas de los países en que se **hospedaba**, con lo cual podía romper el código más elemental de cortesía. O dicho de otro modo, cabía que fueran acusados por el país que les daba asilo de «anti-patriotas». Merece recordarse, además, que es cuestionable el que los exiliados estuvieran preparados, a pesar de la cacareada comunidad de lengua y cultura, para comprender a fondo esas sociedades, que, huelga decir, tenían también sus prejuicios y sensibilidad nacionalistas. Sobre estos extremos, observó Francisco Ayala en el citado ensayo:

«La circunstancia de ingresar a países poco densos y en curso de crecimiento no bastaba, con ser muy favorable, a eliminar por completo los rozamientos y fricciones de toda índole que su incorporación hacía, no previsibles, inevitables; y el complejo mental, raíz de los sentimientos nacionalistas, añadiría virulencia a cada pequeño conflicto individual, amargura a cada penuria, al recargar la mínima discordia con el bagaje solemne de bandera, himno, héroes y



«El tema de «España», el «problema español», llegaba a tocar fondo en los escritos de varios emigrados; ahora ya sólo cabía o convertirlo en obsesión y consumirse con él, o superarlo de diversas maneras», escribió Francisco Ayala —en la foto— al referirse a las características de los intelectuales españoles exiliados.

mártires, padres de la patria, rotas cadenas, glorias pretéritas, soberanía inalienable, etc..., etc. ¡Si la cortesía los trata de gratos huéspedes! ¡Qué no será cuando medien intereses opuestos, competencias, diferendos, envidias, resquemores privados y enconos políticos, cuando surja alguna colisión, algún antagonismo o cuando, sin eso, sufran menoscabo de sus labios los tabúes colectivos que, por lo común, cubren y salvan el resentimiento deparado a cada uno de nosotros por las frustraciones de su vida! Una declaración de «huésped ingrato» amenaza fulminarlos en cualquier momento.

Ese amago afecta en mayor proporción al escritor, cuyo oficio se ejerce en la publicidad y que, de un modo u otro, deberá tocar registros de la vida pública, hurgar en las zonas sensibles; y si la ancha comunidad del idioma y la indeterminación del público le permite soslayar el riesgo, la mezquindad de la posición social reservada al oficio literario, sus parcas o aun míseras retribuciones, sus gajes lamentables, imprimirán en cambio un sello de extrema sordidez a aquellos pequeños conflictos de interés que suelen suministrar ocasión a la tacha de extranjería. Pero lo que más importa es esto: carecerán de soltura y aplomo para abordar los temas concretos relativos a la comunidad, y sólo con una gran circunspección se acercarán a ellos. La crítica de costumbres, acontecimientos, hechos e ideas —para no hablar de los problemas políticos litigiosos— apenas estará a su alcance; tendrán que acometerla de forma indirecta, disparando acaso por elevación al apuntar sobre objetivos distantes con discursos muy abstractos dirigidos a un público también indeterminado».

De los intelectuales emigrados (profesores, investigadores, médicos, científicos, etc.), los escritores eran los más drásticamente afectados por la situación a que hace referencia Ayala. Ello explica la diferencia de tono y perspectiva entre el ensayo de éste, quien abordó la problemática del exilio en otras ocasiones, y los escritos de José Gaos sobre el mismo tema. Gaos, catedrático universitario, bien establecido y adaptado a México desde 1938, al divulgar los conceptos de «transterramiento» y «empatriamiento», se olvidó de los escritores y, en menor grado, de los artistas, quienes necesitan respirar aires vivos y reales, ajenos a la frialdad del laboratorio o la biblioteca.

De lo dicho, puede acaso ir deduciéndose que una revista como «España Peregrina» había de tener, a la fuerza, muchas limitaciones. Limitaciones que aumentaban a medida que el exilio perdía los visos de provisionalidad, de que hablábamos. El españolismo de que se hacía gala en voz alta, en sus páginas, tenía que ser cada vez

menos oportuno. La necesidad de mantener la unidad cultural, pensando en la vuelta, perdía razón de ser. Seguir afirmando y definiendo las esencias y valores que la España vencida representaba para América y el mundo, era caer en un círculo vicioso y sin salida. A todo ello hay que sumar un problema que afectaría, de manera inmediata, el futuro de la revista: la carencia de fondos. El número último, el 8-9, doble, contenía un llamamiento en busca de suscripciones y donativos, que no surtió los efectos esperados. Así, a fines de 1940, dejó de publicarse.

A más de estas limitaciones, tenía la revista unas contradicciones. Y es que queriendo representar a toda una España, era expresión, en gran medida, de las posiciones de dos personalidades, José Bergamín y Juan Larrea, que prácticamente la dominaban. Claro que toda revista, se dirá, tiende a representar a grupos y tendencias. Pero la cosa es que «España Peregrina» no quería representar, absolutamente, a grupos o tendencias partidistas, sino a toda una colectividad nacional y cultural, «echada de tierra». Tal empeño, para empezar desmedido, no podía ser responsabilidad de unos pocos individuos, quienes, a la vez, tenían puntos de vista encontrados. Hacer hoy un balance objetivo del significado de «España Peregrina» resulta arduo, porque fue, en suma, una revista de circunstancias. Su cabal conocimiento depende de la comprensión del momento y de la situación histórica que motivaron su creación. Tal coyuntura histórica se les presentó como transitoria y se la quiso arrastrar, afirmando y reiterando una supuesta superioridad espiritual y nacional. Esta superioridad se había afianzado en los tres años de guerra, en que la España ahora desterrada había dado una lección de entereza e integridad a la sorda Europa, desvelando su hedionda corrupción moral. Pero América no necesitaba arengas, sino brazos, acción y, también, entrega total a su causa propia.

Con todo, los españoles necesitaba decir y repetir su verdad. Y «España Peregrina», aunque solamente fuera por ello, tendría un valor en extremo importante. Naturalmente, tiene otros valores, como el de ser un testimonio de inestimable significación para el acercamiento al estudio de la emigración del 39, que habrá de hacerse sin prejuicios apologistas o iconoclastas. Esta tarea, hartamente necesaria, será penosa, sobre todo desde una España aherrojada que se ha visto forzada durante años, bien por falta de información o por noticias tergiversadas, al desconocimiento de esta otra España, la del exilio * ■ F. C.

* Hemos reproducido aquí parcialmente nuestro estudio del mismo título publicado por Fernando Torres Editor, Valencia, 1976.